

L.C
185

EL HIJO PRÓDIGO.

Romance bíblico agraciado con la lira de plata en el certámen celebrado por la Redaccion de LA ILUSTRACION POPULAR ECONÓMICA en Febrero de 1871.

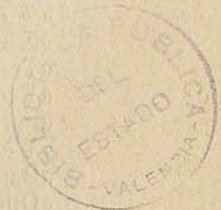
Mortuus erat, et revixit.

PRIMERA PARTE.

La doctrina que del Gólgota
Manó como fértil agua,
Que del árbol de la vida
Corre á fecundar las ramas:
La doctrina que el Dios-hombre
Selló con su sangre santa,
Y fué base de su Iglesia
Y pedestal de su gracia:
Aquella pura doctrina
Que subyugó, sin mas armas
Que la humildad y la fé,
Reinos y gentes paganas:
Aquella doctrina escelsa,
Que conquistó sin batallas,
Que venció siendo vencida,
Libertó quedando esclava,
Y se hizo reina del mundo
Vertiendo la sangre en aras
De la cruz, antigua seña
Del oprobio y de la infamia:
Aquella doctrina escelsa,
Hija de la fé de gracia,
Es la celeste doctrina
Que de la verdad emana.
La sola que regenera,
Redimiendo nuestras almas;
La sola que civiliza;
La sola que se consagra
A la perfeccion del hombre;
La sola que al bien avanza.
Ella en todos nuestros actos
Practicar el bien nos manda;

Y es tan pura, tan sublime,
Tan divina y sacrosanta,
Que obliga con beneficios
A tomar del mal venganza,
Y hacer el bien por el bien,
Sin recompensas ni dádivas.
Por eso el Señor decia,
Predicando en la montaña:
«Orad por los que os calumnien;
«Al que os quitare la capa
«Dejadle llevar la túnica:
«Amad á los que os desaman.»
Por eso tambien decia:
«Que en los cielos es mas grata
«Que noventa y nueve justos,
«La conversion suspirada
«De un pecador.» ¡Oh! ¡qué bella
Es la doctrina cristiana,
Que purifica los cuerpos
Y vivifica las almas!
Jesucristo en su evangelio,
Usando una forma práctica,
De manifesto la pone
Con la siguiente parábola:

Un hombre tuvo dos hijos;
A entrambos idolatraba
Con amor de padre, amor
Que tiene tanta eficacia,
Que el mismo Jesus lo cita
Como ejemplo y semejanza
Del amor con que á los hombres
Su Padre celestial ama.
El mayor de los dos hijos



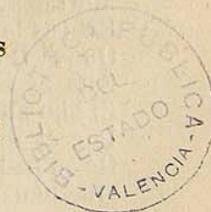
Era un tesoro de gracias
 Por su bondad, su modestia
 Y sus bellas circunstancias;
 Mas el menor, que tenia
 Inclinationes estrañas,
 Y en el oropel del mundo
 Avidos ojos fijaba,
 Nunca tuvo con su padre
 Esa atencion delicada,
 Prenda comun en los hijos
 Cuando á sus padres acatan;
 Nunca tuvo aquel respeto
 Debido al que nuestra infancia
 Guardó tierno y cariñoso
 De pesares y desgracias.
 Cuando el mayor á su padre
 En la labor auxiliaba,
 El menor gastaba el dia
 En pasatiempos y holganza.
 Cuando el mayor los sudores
 Del padre amado enjugaba,
 El menor vagaba inquieto
 Eutretenido en la caza.
 Cuando el mayor al autor
 De su vida acompañaba
 En la oracion, el segundo
 Iba de bailes y danzas.
 Si la paz y la alegria
 Son premio del que trabaja,
 El fastidio es recompensa
 De una vida ociosa y vana.
 Sucedió, pues, que el segundo
 De los hijos, ya apurada
 La copa de los deleites
 Inocentes de su casa,
 Se encaró con su buen padre
 Sin reverencia á sus canas,
 Y con altiva soberbia
 Le dijo:—«Padre, me cansa
 «La sujecion en que vivo.
 «Soy hombre, y en mis entrañas
 «Bulle mi sangre. Deseo
 «Recorrer tierras lejanas,
 «Y no vejetar como árbol
 «Nacido en esta comarca.
 «Tengo valor que me sobra,
 «Y los años que me bastan
 «Para saber vivir solo
 «Y ser dueño de mi casa.
 «Dadme la parte de hacienda
 «Que como hijo me ataña,
 «Que yo cuidarla deseo,
 «Y con su fruto aumentarla.»
 —«Hijo, contestóle el padre,
 «Pocas atenciones guardas

«Hacia un padre que te quiso
 «Con el corazon y el alma;
 «Hacia un padre que tu dicha
 «Y tu ventura labraba,
 «Para el dia que cortase
 «Sus hilos la dura parca.
 «Yo haré lo que tú deseas;
 «Mas, plegue á Dios que las alas
 «De tu soberbia algun dia
 «No te conduzcan insanas
 «Al horrible desespero
 «Y á una muerte desgraciada.»
 El padre entre sus dos hijos
 Partió sus fincas y casas,
 Sus caudales, sus ganados,
 Sus muebles y sus alhajas,
 Diciéndoles:—«Hijos míos,
 «Cuando mi padre, que guarda
 «La tierra en su oscuro seno,
 «Me entregó mi parte escasa,
 «Yo era pobre, y trabajando
 «Con la mas dura constancia,
 «Al amparo del Señor
 «Que nuestras obras repara
 «Y pesa nuestras acciones,
 «Sean buenas, sean malas,
 «He llegado á atesorar
 «Lo que vuestra vista alcanza.
 «Seguid, pues, por mi camino,
 «Si quereis que Dios os abra
 «De la fortuna las puertas,
 «Y rellene vuestras arcas.
 «El tiempo es un don precioso
 «Que al hombre eleva á las aras
 «Del bienestar y riqueza,
 «Si el hombre no lo malgasta.
 «Seguid, pues, de mi camino
 «Las huellas acreditadas,
 «Si quereis veros un dia
 «Del bienestar en la falda.»
 El mayor junto á su padre
 Siguió la senda marcada,
 Mas el menor, descontento
 De ver siempre la comarca
 De su niñez, ausentóse,
 Recorrió tierras lejanas,
 Apeteciendo placeres
 Que en su frenesí soñaba.
 ¿A dónde vas, jóven loco,
 Con esas quimeras vanas,
 Abandonando al maestro
 Que la dicha te enseñaba?
 ¿A qué escollo te conducen
 Tus pasiones insensatas,
 Mecidas por el orgullo

Y la vanidad mas alta?
 Corres, sin ver que estás ciego,
 Y corriendo no reparas
 Que los terrenos que pisas
 Mas de cada vez resbalan.
 Aquellos floridos prados
 Que tu camino esmaltaban,
 Poco á poco se trasforman
 En pedregosas montañas.
 Los jardines y sus flores
 Son ya malezas y zarzas,
 Y aquellas aves canoras
 Que en su interior escuchabas,
 Convirtiéronse en murciélagos
 Y asquerosas salamandras.
 Me dices que allí en la cumbre
 Del monte has visto la grata
 Mansion de felicidades
 Que es del hombre la esperanza;
 Me cuentas mil ilusiones
 Del corazon que te engaña;
 Que esperas hallar palacios
 En la cumbre y columnatas
 Con dorados surtidores,
 Ricas y esbeltas giraldas,
 Salones de pedreria,
 Muebles de marfil y plata,
 Y mugeres hermosisimas
 En sus brillantes estancias,
 Y perlas, y oro, y delicias,
 Y dichas y bienandanza.
 ¡Miserol si en esa cumbre
 Del monte, viste galanas
 Figuras de cuanto sueñas,
 No han sido mas que fantasmas.
 Sombras tan solo, y reflejos
 De una nube nacarada
 Que dora el sol un instante;
 Vapor que el viento esparrama,
 Mentira, ficcion aérea
 Que tus sentidos encanta.
 Del monte en la cumbre hay solo
 Peñascos de faz cortada,
 Llenos de arbustos que ocultan
 Debajo sus verdes ramas,
 Un precipicio profundo
 Y una muerte inesperada.
 Detente, jóven, escucha
 La voz que en tu pecho clama;
 Es tu conciencia, es del ángel
 La voz dulce que te aparta
 Del horrendo precipicio
 Do dirijes tus pisadas;
 Es la voz del buen pastor
 Que al buen camino te llama.

Ten atencion, no desoigas
 La voz de Dios sacrosanta,
 Que su son fuerte y sonoro,
 A medida que te apartas
 Del buen camino, mas débil
 Llega y se estingue y apaga.
 Atiende, jóven incauto,
 Deten tus pasos y pára
 Tu carrera, que estás cerca
 Del golfo que atrae y mata.
 Mas ¡ay! tú sigues impávido
 La pendiente que á la nada
 Te precipita, y no escuchas
 La voz del amor que salva.

 Gozando impuros deleites
 A trueque de grandes dádivas
 Está el mancebo inesperto
 Entre astutas cortesanas;
 De la injuria en los brazos
 El impuro amor le embriaga,
 Y en su embriaguez escoje
 Al burdel por su morada:
 Allí de día y de noche
 Todos sus caudales gasta
 En comidas y regalos
 Que á manos llenas derrama.
 Allí vive aletargado,
 Y enfermedades que infaman,
 Alteran la noble sangre
 Que pura y rica heredara.
 Pronto concluye el dinero
 Que sacara de su casa,
 Y vá vendiendo sus fincas
 Para invertirlas en danzas.
 ¡Ay! si el recuerdo de un padre
 Veloz por su mente pasa;
 Si una pequeña memoria
 Hace de su madre amada,
 Borrados quedan muy presto,
 Cual luz que el turbion apaga,
 Por las violentas pasiones
 A que los vicios le arrastran.
 Mas ¡ay! ¡cuán presto los goces
 En este mundo se acaban!
 ¡Cuán presto fortuna loca
 Vuelve al hombre las espaldas!
 ¡Cuán presto la falsa dicha
 De la vida nos escapa,
 Si nos faltan las riquezas,
 Si no reina la abundancia,
 Y si nos sobran dolencias
 Y las virtudes nos faltan!
 Llegó un día que del jóven,
 Que tanto don prodigaba,



Concluyóse el rico estuche
 Y vendió su última albaja.
 ¿Cómo podrá continuar
 Gozando dichas mundanas?
 ¿Cómo podrá enriquecerse
 Y no verse en una infamia?
 Del río de perdiciones
 Sigue la corriente mansa,
 Sin ver que al llegar al mar
 Ha de sufrir sus borrascas.
 Se dá al juego que envilece,
 Al vino que mata el alma,
 Pierde su postrer moneda
 En noche para él aciaga,
 Y se vé echado á la calle
 Sin abrigo, sin morada,
 Sin túnica ni vestido,
 Sin amigos ni esperanzas;
 Que la esperanza se muere
 Y los amigos se marchan
 Cuando ven que un insensato
 Su misma pobreza labra.
 De aquella espantosa noche
 Sufrió la lluvia y la escarcha,
 Porque no pudo tener
 Mas que la tierra por cama.
 Entonces ¡ay! al trabajo
 De buen corazón llamaba,
 Mas el trabajo era sordo
 Para quien no vió su cara
 Desde niño. Clamó en vano
 Muchos días y semanas;
 En vez del trabajo, el hambre
 Que en aquel país reinaba
 Contestóle, y le hizo ver
 Sus facciones demacradas,
 Su semblante consumido,
 Sus carnes secas y flacas,
 Sus mejillas sin colores,
 Y ojos hundidos que lanzan
 En su horrible desespero
 Mortales; torvas miradas.
 Esta es la vida angustiosa
 Que el Hijo pródigo pasa;
 Esta es la suerte que sufre
 El hijo altivo que marcha
 Por el mundo desoyendo
 De su padre la voz santa,
 Que le dá amorosas reglas
 En la esperiencia fundadas.

SEGUNDA PARTE.

La estrecha senda que al cielo
 Al hombre seguro guía,

Es la cuesta dolorosa
 Que hácia el Calvario encamina.
 Su primer paso es la cruz,
 Que el mundo coloca encima
 De sus hombros, y el cristiano
 Gustoso debe admitirla,
 Si quiere ganar el cielo
 Durante su corta vida.
 Para unos la cruz es leve,
 Por mas que enorme la miran,
 Que tienen ojos que abultan
 De este mundo las desdichas.
 Para otros es cruz de plomo,
 Mas ellos al verla chica,
 Se contentan con su suerte
 Y muy alegres caminan.
 Hay quien la lleva de rosas,
 Que tienen tambien espinas,
 Y vá sufriendo en silencio
 Sus penetrantes heridas.
 Hay quien la tiene de palo
 Y á su sombra se cobija,
 Que las cruces de este mundo
 Tienen formas muy distintas.
 Y hay quien no lleva mas cruz
 Que la que el mismo fabrica
 Sin saberlo, á su disgusto
 Y al revés de la que ansía.
 Los otros pasos que siguen
 En tan penosa subida,
 Están llenos de quebrantos,
 De tormentos y caídas.
 Sin que les falte una madre
 Que llora lágrimas vivas,
 Ni Verónica que enjugo
 El sudor de la agonía,
 Ni los ayes y suspiros
 De otras personas amigas.
 Tiene puertas judiciarias,
 Viles sayones y escribas,
 Tiene tambien un Calvario
 Y su muerte de ignominia.
 Feliz el mortal que llega
 A dar en su cruz la vida,
 Porque antes del día tercio
 En el cielo resucita.
 Mas la vía dolorosa
 En medio de sus desdichas,
 Tambien tiene un Cirineo
 Que piadoso nos ausilia;
 La ley santa del trabajo
 Es el Simón que en la vida
 Del hombre, hace llevadera
 La cruz que su cuerpo inclina.
 El trabajo es el descanso

De la vejez, la alegría
 Y el bienestar del cristiano
 Que hacia el Empíreo camina.
 El trabajo es jugo y sávia
 Del árbol de nuestra vida,
 Y de cien enfermedades
 La mas útil medicina.
 Cuando vióse el Hijo pródigo
 Hecho un varon de desdicha,
 Esta ley santa invocando,
 Detuvo su muerte y ruina.
 Un hombre piadoso á quien
 Contó su existencia misera,
 Mandóle á guardar los cerdos
 Que en una granja tenia.
 Allí, en el suelo tendido
 Llorando lágrimas vivas,
 Hambriento, enfermo y desnudo
 Pasaba noches y días.
 Envidiaba de los cerdos
 La desventurada vida,
 Y feliz se contemplaba
 Si sus bellotas comia.
 Y exclamaba en su quebranto:
 —«Misericordia divina
 «Ten compasion de mis culpas,
 «Mis penalidades mira
 «Y no de mis torpes años
 «Las maldades cometidas.
 «Duélete de mis miserias,
 «Devuélveme la alegría
 «Y haz que en el trabajo encuentre
 «Mi tranquilidad perdida.»
 Y una voz en su conciencia
 Con vigor le respondia:
 —«Pide perdon a tu padre
 «Antes que acaben sus días;
 «La bendicion paternal
 «Te dará lo que suspiras.»
 Mas los restos del orgullo
 Que su pecho contenia
 Le clamaban: —«No te humilles;
 «Que fuera en tí cobardía.
 «Tu padre al verte, encendido
 «En justo rigor, sus iras
 «Derramando en tu cabeza
 «Te arrancaria la vida.»
 Mas la voz de su conciencia
 De nuevo á clamar volvia:
 —«Un padre siempre perdona
 «Al que perdon le suplica.
 «Tú eres de su fiel rebaño
 «La única oveja perdida,
 «Y él al verte descarriado
 «Sufre penas y agonías.

«Tu padre te representa
 «De un Dios la suma justicia;
 «Mas tambien misericordia
 «Hay de su pecho en las fibras.
 «Trabaja, jóven, trabaja,
 «Hasta que entre la ceniza
 «De las pasiones, que fueron
 «En tí abrasadora pira,
 «No encuentres de fuego impuro
 «La mas diminuta chispa.
 «Trabaja, infeliz mancebo,
 «Hasta que verte consigas
 «Un hombre, á quien el trabajo
 «Dá manos fuertes y rígidas.
 «Entonces vuelve á tu casa,
 «Llama á tu padre, suplica
 «Que te perdone, y por hijo
 «Otra vez grato te admita.
 «Sé su sosten y el amante
 «De tu hermano y tu familia,
 «Para que al morir tu padre
 «Santamente te bendiga.»
 Pasaron noches heladas,
 Pasaron míseros días,
 Para el hijo arrepentido
 De su juventud perdida.
 Y una tarde en que la voz
 Del Señor con fuerza oía,
 Que le llamaba á su padre,
 De esta manera suspira.
 —«Señor, cuántos jornaleros
 «Pobres y de fé sencilla,
 «En la casa de mi padre
 «Tienen su lecho y comida
 «De sobras, mientras que aquí
 «Yo, siendo del vicio víctima,
 «Estoy de hambre muriéndome.
 «Vos quereis que me decida
 «A presentarme á mi padre
 «Para que el perdon consiga.
 «Pues bien, estoy decidido;
 «Partiré esta tarde misma,
 «Me presentaré sumiso
 «Al santo autor de mis días,
 «Y le diré: Pequé, padre,
 «Contra el cielo que nos mira
 «Y contra tí. No soy digno
 «De que nunca nadie diga
 «Que soy hijo tuyo. Dame
 «La ocupacion mas indigna
 «En tu granja, y jornalero
 «Seré de tu granja misma;
 «Y al menos sosiego dulce
 «Me devolverá tu vista.
 «Señor, decidido estoy,

«Dádme fuerza, y la divina
 «Mirada de vuestros ojos
 «En mis pasos me dirija.»
 Y partió la misma tarde,
 Y despues de muchos dias
 De caminar estenuado
 Por el hambre y la fatiga,
 Descubrió otra vez los campos
 De sus venturas antiguas,
 Vió las casas, las aldeas,
 A sus cortijos vecinas;
 Aspiró el suave perfume
 De flores y siemprevivas,
 Que encantaban cuando niño
 Sus juegos y sus delicias;
 Recordó de su buen padre
 El alma caritativa,
 De su hermano los cuidados,
 De su madre las caricias,
 Y veloz encaminóse
 Por sendas bien conocidas
 A la casa de su padre.
 Este, anciano, recorría
 Sus campos; vióle venir
 Hecho un foco de inmundicia;
 Y al conocerlo, á su encuentro
 Fué corriendo á toda prisa.
 Al cuello le echó sus brazos
 Mientras el hijo decia:
 —«¡Ay padre amado! pequé
 «Contra el cielo que nos mira
 «Y contra tí. No soy digno
 «De que ninguno repita
 «Que soy hijo tuyo.» El llanto
 Corriendo por sus megillas,
 Embargó su voz y hundió
 En el suelo su rodilla.
 Aquel padre bondadoso
 Prodigóle mil caricias,
 Y derramando sus ojos
 Llanto de santa alegría,
 Cubrió de besos su frente,
 Olvidó su antigua vida,
 Y concediéndole tierno
 El perdon que apetecia,
 Dijo á sus criados: «Al punto
 «Traedme aquí ropa limpia,
 «La túnica mas preciosa
 «A mi hijo vestid de prisa,
 «Ponedle anillo en su mano,
 «Anillo de gran valía;
 «Poned calzado á sus pies,
 «Heridos por las espinas;
 «En un ternero cebado
 «Ensangrentad la cuchila,

«Comamos y celebremos
 «En un banquete esta dicha,
 «Porque mi hijo era muerto
 «Y hoy revive. Ayer corria
 «Perdido y ha sido hallado.
 «Celebremos su venida,
 «Cantad los alegres coros,
 «Tocad gratas sinfonias,
 «Que el hijo que habia muerto
 «Hoy revive en mi familia.»
 Ved aquí el amor de padre
 Que al ver hijos que se humillan,
 De cien años de dolores
 En un minuto se olvida.
 El hijo mayor estaba
 A labrar en la campiña,
 Y cuando volvió á la casa
 A la hora de la comida,
 Oyendo los dulces cánticos
 Y las rientes armonias,
 Llamó á un criado y preguntóle
 Qué novedades habia.
 Dijóle el criado: —«Es tu hermano,
 «Tu hermano que ayer corria
 «Perdido, que ha sido hallado,
 «Y á quien tu padre acaricia.
 «El que ayer muerto creiste
 «Ha revivido este dia;
 «Y alegre tu padre ha dicho:
 «Traedle aquí ropa limpia,
 «La túnica mas preciosa
 «Que luego su cuerpo vista;
 «Poned anillo en su mano
 «Aquél que un topacio brilla;
 «Poned calzado á sus pies
 «Que han herido las espinas,
 «Y en un ternero cebado
 «Ensangrentad la cuchilla.
 «Comamos y celebremos
 «En un banquete tal dicha,
 «Cantad los alegres coros,
 «Tocad dulces sinfonias.»
 Este es, señor, el motivo
 Que tu casa regocija.»
 Al oír esta relacion,
 El hijo mayor se indigna,
 Pues cree que un mal hermano
 Tanto honor no merecia.
 Y en su pecho penetrando
 El gusano de la envidia,
 A que no vaya á su casa
 Con su coraje le incita.
 —«Yo no entro en mi casa, esclama,
 «Quiero que al padre le digas
 «Que yo no merezco ser

«El postrer de su familia.»
 Luego que tuvo el buen padre
 De tal desazon noticia,
 Salió de prisa al encuentro
 Del hijo que mas quería;
 Y de este modo le hablaba:
 —«Hijo amado de mi vida,
 ¿Por qué no tomas tú parte
 «En la comun alegría,
 «Hoy que regresa tu hermano
 «Al seno de la familia?»
 —«Hace tantos años, padre,
 Que con la frente sumisa
 Te sirvo, cumpliendo fiel
 Tus órdenes las mas mínimas.
 Con todo, nunca me diste
 Ni un cabrito, para un día
 Comerlo con mis amigos,
 En pago de mis caricias;
 Y hoy que regresa el mal hijo,
 Que ha causado tus desdichas
 Gastando toda su hacienda
 En ramerías corrompidas,
 Mandas matar un ternero
 Cebado por su venida.»
 Dícele entonces el padre:
 —«Hijo, tú todos los días

«Estás conmigo, y mis bienes
 «Tuyos son, tuyas mis fincas
 «Y mi hacienda; mas es justo
 «Que todos de mi alegría
 «Participen, y celebren
 «De tu hermano la venida.
 «Tu hermano era muerto y vive,
 «Tu hermano perdido iba
 «Y ha sido hallado. Tu pecho
 «No desconoce esta dicha,
 «Alégrate con nosotros
 «Y del placer participa.»

Esta es de Jesus la santa,
 La pura escelsa doctrina
 Que fecundiza las ramas
 Del árbol de nuestra vida.
 La que subyuga sin armas
 Y sin batallas conquista,
 Liberta quedando esclava,
 Y vence siendo vencida.
 La sola que regenera,
 La sola que civiliza,
 La que purifica al cuerpo,
 La que al alma vivifica,
 Y al verdadero progreso
 Sin cesar al hombre guía.

PEDRO ALCÁNTARA PEÑA.



